

do se hacen bromas machistas), el breve Camille se ha enamorado de nuevo tras la catástrofe que supuso la pérdida de Irene: "Su primera mujer fue asesinada, un cataclismo del que tardó años en recuperarse. Cuando se ha atravesado ese mal trago, uno piensa que no le puede pasar nada peor. Es una trampa. Porque bajamos la guardia", se nos advierte. Ahora, su chica es Anne, que está donde no tiene que estar cuando no tiene que estar: durante un muy violento atraco a una joyería de París y viéndole las caras a los criminales. Intentan matarla, no lo

consiguen, lo vuelven a intentar en el hospital donde se cura... Y un Verhoeven enfurecido los busca y la protege. Aunque nada es lo que parece, como la voz de un cachondo (o sea, bromista) conrador nos va dando a entender. Y, con esos mimbres, estira Lemaitre la historia hacia eso que se llama un sorprendente final. Un policiaco, pues, con un punto de gracia en esa voz que cocuenta la historia: un tipo burlón o un redomado sádico vengativo. Así, al ver a una mujer con "innumerables pulseras, collares, cadenas, anillos, pendientes" concluye que "es sorprendente que los atracadores no se la hayan llevado con el botín". Así, tras provocar la explosión de unas naves industriales "expropiadas por el Ayuntamiento para reconstruir encima", reflexiona: "Al fin y al cabo es echarle un cable a la comunidad, se ve que uno puede ser atracador y tener además conciencia cívica". Así, desecha cargarse a una enfermera meticona por no "privar a la sanidad pública de una enfermera, como si les sobrase personal". Así, puntualiza: "Le pego un tiro en la rodilla, su reacción es explosiva, si se me permite la expresión". Así, sucesivamente. Se lee bien, pero no exageremos.

El comandante Camille Verhoeven, bajo, calvo y maltratado por el amor, protagoniza la serie



Camille

PIERRE LEMAITRE

Traducción Juan Carlos Durán
Ed. Alfaguara, 2016

320 páginas; 18 euros

Tiene que ver con distinguir el buen método dialéctico del deambular sofístico, el saber verdadero de la falsa opinión (Platón "dixit"). Y tiene que ver con la función de la ideología en nuestra sociedad actual.

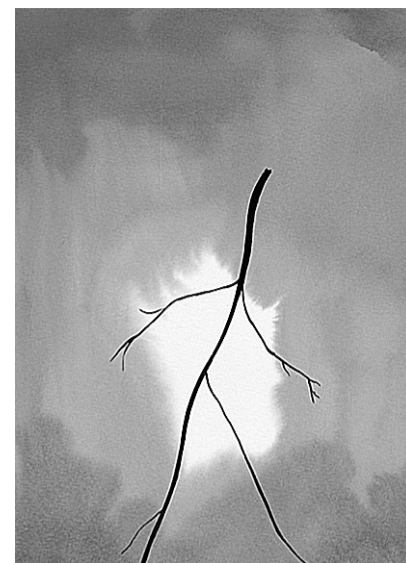
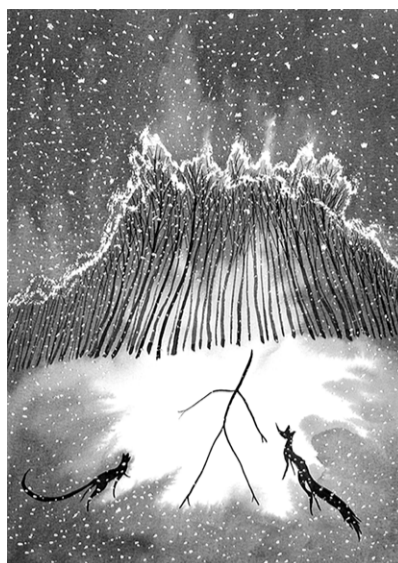
¿Cuál es el lugar de la ideología? Según creo, por una parte tendríamos los mitos oscuros y las fantasmagorías arbitrarias: contra esto el mejor remedio es una educación crítica. Y tendríamos, de otra parte, las verdades geométricas y los saberes que discurren por la metodología científica. Pero en medio hay un amplio territorio donde se dan los intereses, las verdades subjetivas, las diversas estéticas y las ideas político-morales divergentes... en suma, la necesaria ideología. Para este cometido vale también la educación crítica y el método científico, pero además son precisas todas las demás herramientas racionales: la sana inteligencia y equilibrada sensibilidad que tiene que mensurar, jerarquizar, comparar, repudiar, preferir... con argumentos contrastados, es decir, la filosofía en el sentido mundano.

Y entonces, desde esta actitud filosófica, que aspira a superar la escurridiza ideología, quizá pueda calibrarse algo

mejor que lo que separa a los nacionalistas (Sala-i-Martí, Mas-Colell, Boix, Jordi Galí) de los antinacionalistas (Espada, Savater, Juaristi) no reside aquí necesariamente en ser más o menos demócratas –serían más demócratas, según Sánchez-Cuenca, los defensores del "derecho a decidir"– sino en mostrar quién es el sujeto político de este concreto derecho a decidir: si una parte o el todo de un Estado-nación dado. Es una cuestión, por tanto, de todo y partes. Casi nadie duda de que haya un derecho a decidir ético individual; sólo los taimados pondrán pegos sobre el derecho a decidir moral de cada grupo ideológico –cada grupo ideológico decidiendo, claro, para sí mismo y no para el todo global–. Pero por razones bien sutiles, parece que hay auténtica ceguera para reconocer que el derecho a decidir político de un Estado-nación corresponde a todos sus componentes. Y la unidad política de partida es España, y esto no es ahora ideológico sino un "faktum" histórico. Estas diferencias ético-político-morales parece que no las comparte Sánchez-Cuenca, por lo que creo que tropieza en los mismos vicios que denuncia.

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

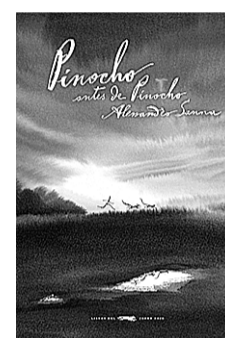


La rama antrópica, con la zorra y el gato, y sola ante el peligro. | ALESSANDRO SANNA / LZFR

Antes de Pinocho, la fábula de los arcanos

"Érase una vez...", lanza a su público el narrador de **Pinocho antes de Pinocho**. Y el público, que imaginamos congregado en círculo y seguro de saberse cómo sigue el juego, responde: "¡Un pedazo de madera!". Pero no; el público se equivoca. "Érase una vez el universo", corrige el narrador. Y con esas palabras mágicas pone en marcha esta fascinante historia sobre los arcanos de la vida, el bien y el mal, armada con 30 palabras y 150 acuarelas por el ilustrador italiano **Alessandro Sanna**.

Sanna (Verona, 1975), cuya obra es una presencia cotidiana para los lectores del **New Yorker** o de la revista de libros del **Times** de Nueva York, se deja llevar cada tanto por el impulso de posarse en un clásico –por ejemplo, **El Quijote** o **Moby Dick**–, destilarle las esencias y devolvérselas al mundo transformadas en una nueva obra de arte. Para muestra este **Pinocho antes de Pinocho** en el que, arrancando de un Big Bang en esplendorosos azules, aterriza, después de un viaje por toneladas de fantasía, en un frondoso árbol de rotundos verdes recortado sobre un cielo en llamas. Por el camino, largo camino guiado por una rama antrópica desgajada de otro árbol primigenio, el lector se encontrará piedras miliares que, hasta llegar al preceptivo "pedazo de madera", hacen espejo a la fábula collodiana: zorra, gato, tiburón, fuego, mar, montaña y un árbol más, el sapiencial de la Vida, con su serpiente, su sagrada lechuga, su mitológico cuervo. Sin duda, uno de los álbumes más arrebatadores del año. Por el autor de aquella joya llamada **El Río** (Libros del Zorro Rojo, 2014).



Pinocho antes de Pinocho

ALESSANDRO SANNA

Libros del Zorro Rojo

56 páginas

17,90 euros

Tres vueltas a las relaciones entre hombres y mujeres en la era victoriana

Para cuando el autor de **Barry Lyndon** o **La feria de las vanidades** dio a conocer la novela y los dos largos relatos que incluyó en **Esposas** (1852) era ya un narrador tocado por el éxito. **Thackeray** (1811-1863) ha pasado a los anales literarios como el segundo autor más relevante de la era victoriana, sólo por detrás de **Dickens**. Aunque se consideraba a sí mismo un realista puro, sin las vetas sentimentales que afeaba a su rival, la crítica nunca fue unánime en otorgarle ese título, por detectar en sus líneas algunas digresiones de la voz narradora más propias de la novela del XVIII (o de la posmoderna, pero eso aquella crítica no lo sabía). Como sea, tanto las aventuras amorosas de la joven burguesa que da vida a la novela **A la de cuervo** como los problemas de pareja de **El señor Frank Berry y su esposa**, o la sorprendente dama irlandesa de **La esposa de Dennis Haggarty**, son tres logradísimas piezas animadas por la voluntad de desnudar su tiempo con humor a través de las relaciones entre hombres y mujeres. Un clásico.



Esposas

WILLIAM M. THACKERAY

Trad. de M. Manzano

La fuga

264 páginas. 17 euros